

plicar el pasado y cuestionar el estatuto universal del “modo de producción”; recurrió a las filosofías hegeliano-marxistas de Gyorgy Lukács, Karel Kosik o Adam Schaff, pero también a las renovaciones encabezadas por Perry Anderson, mantuvo diálogo con el marxismo de los economistas norteamericanos y negoció entre la ardua tarea de apropiarse del “consejismo” en una zona del planeta donde el campesino seguía siendo alma de movilizaciones. El marxismo fue variopinto, multiforme y en el caso de México, además, plurinacional.

Las críticas al texto pueden recorrer distintos niveles y sugerir enfoques diversos. En un primer momento, sin embargo, debe reconocerse que desde que Elí de Gortari publicó en el año 1957 en la revista comunista **Liberación** la primera reseña histórica del marxismo en México, poco se había avanzado. Una serie de “historias” de dicha corriente latinoamericana habían rondado lugares comunes, sin profundizar en la diversidad. Así, esta obra es la primera que se aproxima a reconstruir por una vía la historia del marxismo, camino importante, pero no el único.

Ello ha motivado preguntarse, en las condiciones de una sociedad como la mexicana, qué es lo que debe entenderse por marxismo. Mirando la obra reseñada aparece, sobre todo, como la práctica situada de individuos con nexos más o menos fuertes con la política, cuestión esta que ha sido enfatizada en entrevistas posteriores. Libros, editoriales, revistas y debates académicos son los que ocupan gran parte del terreno, un marxismo de aula en un tiempo donde la politización pasaba por las universidades de manera obligada. Otras vertientes han querido reconstruir la raíz diversa del marxismo, aquellas que se encuentran en la estética, en el muralismo, en el congreso partidario, en el documento político, en la revista clandestina, en el poema, en la película o en la canción; todavía sin la sistematicidad de la perspectiva intelectual. Estas son las que fueron vitalizadas por el magisterio normalista, por los comunistas en su militancia partidaria, por el estudian-

te devenido guerrillero; este es más bien el marxismo del círculo de estudio, podríamos decir. En una historia multiforme, lllades entrega un plano significativo dejando aún tramos importantes por explorar.

Decía Sánchez Vázquez que la crítica era la cortesía del pensador (para él, el filósofo). No puede sino reconocerse el esfuerzo titánico que ha realizado el historiador, recientemente admitido como integrante de la Academia Mexicana de la Historia. Y es que, aunque la historia de los otros marxismos está aún por construirse, lo cierto es que el momento propiamente intelectual queda delineado en sus principales contornos y con no pocos momentos de detalle. En este término sólo habría que reconocer ausencias como las de los múltiples exilios (¿hasta qué punto los “gramscianos” sureños descubrieron a José Carlos Mariátegui en México?) que produjeron obras excepcionales. Además de Bolívar Echeverría, al que se hace referencia en varios momentos, también estuvieron René Zavaleta Mercado o Enrique Dussel, quienes aportaron significativamente. Igualmente, la ausencia de Armando Bartra es notoria.

Como escribimos, el contorno ha quedado delineado. Tenemos la primera aproximación que reconoce el estatuto específico de la teoría, su “autonomía relativa”, es decir el reconocimiento de sus formas de operación y reproducción. Y es que esta “autonomía” tan poco común en la región es producto de un país en el que la clase obrera fue mediatizada y organizada por un aparato estatal que presumía su legítimo origen en un hecho armando, creando un hiato entre el movimiento obrero y las perspectivas marxistas. Las y los trabajadores, en cuanto clase, se encontraron—como el resto de la sociedad— la mayor parte del tiempo contenida en una camisa de fuerza y cuando lograron liberarse optaron por otras vías distintas a la socialista. Ese otro marxismo —categoría prestada de Alberto Híjar— del que hablamos antes fue igualmente periférico y débil y sólo tuvo momentos de irrupción en periodos focalizados. La producción

teórica se encuentra mayoritariamente en esfuerzos político-editoriales, en debates intelectuales que buscaron profundizar el conocimiento de una trayectoria histórica o bien, en quienes desentrañaron el último recoveco del texto marxiano para descifrarlo en toda su riqueza. Todo ello nos demuestra que en tanto corriente política e intelectual, el marxismo no se encuentra más allá de la realidad que lo habita y, para el caso mexicano, esta se encuentra sobre determinada por la presencia del Estado y su ideología.

Siguiendo el recorrido de la trayectoria del historiador mexicano, tan consciente del papel del intelectual en la vida pública y de la evaluación mesurada que este debe realizar para poder intervenir en la coyuntura, no cabe duda de que este más que un cierre es el inicio de un sendero que, quienes lo acompañan en su trabajo común, seguramente seguirán explorando.

Jaime Ortega
UNAM

A propósito de Alejandrina Falcón, Traductores del exilio. Argentinos en editoriales españolas: traducciones, escrituras por encargo y conflicto lingüístico (1974-1983), Madrid / Fráncfort del Meno, Iberoamericana / Vervuert, 2018, 268 pp.

En tiempos de hiper-especialización en la producción de conocimiento, cualquier trabajo que pretenda avanzar a través de un enfoque interdisciplinario, según parece, debería apelar no tanto a matrices cognitivas de grandes disciplinas a secas, sino a desarrollos de ámbitos ya especializados y mixturados. Por lo tanto, si el libro de Alejandrina Falcón combina aproximaciones propias de estudios literarios, traductológicos, históricos y sociológicos, lo hace con éxito sólo a partir de su incursión en tres áreas puntuales de estudio: “la investigación académica sobre exilio político en la Argentina y América Latina; los estudios



de traducción con perspectiva descriptiva y sociohistórica; y los estudios sobre el libro y la edición que adoptan una escala de análisis transnacional” (p. 12). Tal es, sin dudas, uno de los industriales logros de

Traductores del exilio.

Por supuesto, esta múltiple inscripción conlleva una identidad disciplinaria que se debate productivamente entre perspectivas propias de la historia cultural, el comparatismo literario y traductivo en el *in-between* de dos naciones, el análisis de discurso (particularmente de la denominada “discursividad exiliar”), el marxismo cultural —y el marxismo no tan cultural, sino aquel preocupado por las condiciones concretas de producción y reproducción de la clase trabajadora— y la sociología de orientación bourdieusiana, con distintos momentos en que cada una de ellas prevalece sobre las otras pero que, sólo elaboradas en conjunto y en conjunción, llevan a la investigadora a sacar una plusvalía teórica a su objeto de estudio. De todas formas, para quienes precisan el sosiego de las rotulaciones definitorias, hallamos una opción consignada casi al pasar, cuando Falcón se posiciona y enuncia desde una “sociología histórica de la cultura” (p. 37).

Tal como consigna la autora en su primera formulación, su libro “puede leerse como una contribución a la historia cultural del exilio argentino en España y como un estudio sobre las prácticas de traducción e importación literaria en el campo editorial hispanoamericano de las últimas décadas del siglo XX” (p. 11). Esta declaración pone en evidencia cierta área de vacancia en torno a la presencia de trabajadores latinoamericanos en el ámbito editorial español, particularmente en el contexto de la transición democrática posfranquista. Así, la investigación contempla voces, opiniones y posturas de figuras hoy en día reconocidas, como Juan Martini y Marcelo Cohen, aunque también trae a cuenta nombres de agentes prácticamente invisibles —y por completo desconocidos para quien escribe estas líneas—, como los de, entre otros, Mario Sexer, Alberto Sperrati,

Ernesto Frers, Juan Manuel González Cremona y Pablo Di Masso (este último, por cierto, autor de alrededor de doscientas novelas por encargo, bajo el seudónimo de Rocco Sarto). De este modo, la investigadora apela a casos testigo para ilustrar sus argumentaciones, pero lo que realmente le interesa es la configuración de una biografía colectiva y la confrontación con un modo de concebir y ejercer los estudios literarios como destello que da más brillantez a los ya iluminados, si se nos permite la metáfora lumínica. La propia autora lo plantea con rigurosidad y precisión: “[a]l rescatar escrituras marginales e indirectas, como las escrituras seudónimas por encargo y la traducción editorial, mi intención última ha sido promover una reflexión sobre las condiciones de producción literaria en el exilio que nos permita trascender los enfoques circunscritos a figuras de notables y visibilizar prácticas dominadas en la jerarquía de las prácticas literarias” (p. 12).

El itinerario expositivo nos sensibiliza con respecto a una importante variedad de elementos y relaciones; sin ser exhaustivos, recapitulamos algunos de ellos: la visibilización de escrituras indirectas y otras prácticas habitualmente opacas para los estudios literarios (como la seudotraducción, es decir, la presentación de un texto nuevo como si fuera una traducción de otro presuntamente previo pero que, en verdad, no existe); las tensiones entre autonomía y heteronomía literarias y traductivas (y que refuerzan el alejamiento de una forma de entender la literatura y su estudio como la defensa de un reducto autónomo regido por principios endógenos meramente estético-literarios); los conflictos lingüísticos en torno a las variedades regionales de la lengua española (en taxativa confrontación con toda concepción centralista que indique que las variedades regionales representan una suerte de “degradación” idiomática); las interpretaciones de las metáforas de la discursividad exiliar (y el fino análisis discursivo con que Falcón desmonta y analiza críticamente ideologemas propios de dicha matriz, como la figura de los exilios cruzados o la máxima universa-

lista según la cual “el escritor es siempre un exiliado”); las redes de sociabilidad, las trayectorias de los agentes y las condiciones concretas de venta de fuerza de trabajo (no invisibles, como muestra la autora, pero sí motivo de pugnas, debates, procesos de institucionalización y agremiación, etcétera); o las dinámicas de importación literaria y la circulación internacional de literatura (como, por ejemplo, aquellas traducciones hechas originalmente en la Argentina y reemplazadas para la Serie Novela Negra de la Editorial Bruguera).

Vale la pena reivindicar el mérito metodológico de la investigadora, pues combina entrevistas en profundidad con agentes significativos (la sección de agradecimientos da una pauta del trabajo de largo aliento, con contactos reiterados tanto con individuos involucrados directamente como con familiares y allegados), detalladas revisiones de fuentes hemerográficas (que atraviesan un amplio arco de publicaciones periódicas, pasando tanto por revistas culturales como por periódicos de gran tirada: **Controversia**, **Camp de l’Arpa**, **El Viejo Topo**, **Quimera**, **La Vanguardia** o **El País**) y puestas al día con la bibliografía crítica-teórica (que incluyen no solo minuciosas lecturas e interpretaciones de las fuentes, sino también elaboraciones a partir de otros aportes teóricos, como, por ejemplo, la posición de Falcón sobre las implicancias de la traducción en una mediación entre las formulaciones de Bernard Banoun y José Francisco Ruiz Casanova).

Como comentamos antes, hoy en día la interdisciplina posiblemente no puede pensarse como cruce de grandes disciplinas sino, más bien, como conjunción de áreas específicas de investigación. En este sentido, el libro de Falcón pone en evidencia cierto carácter vetusto de las macro-matrices de conocimiento. Por un lado, asesta un nuevo golpe a los estudios literarios entendidos —si se nos permite la metáfora a propósito del libro en cuestión— como control nacional migratorio que protege a una reducida población de obras y sujetos encumbrados (reducida población que, por

lo general, conforma el canon de cualquier sistema literario nacional y que se erige como el principal insumo de los estudios literarios). Por otro, si retomamos la posible auto-etiquetación del trabajo como “sociología histórica de la cultura” (p. 37), deberíamos añadir que **Traductores del exilio** le propina un cordial sacudón a la sociología, pues constituye una gran prueba que reactualiza aquella opinión de que los mejores estudios de sociología de la literatura en la Argentina provienen del esfuerzo intelectual de investigadores formados en estudios literarios, mal que le pese a los sociólogos.

Hernán Maltz
UBA-CONICET

A propósito de José Luis de Diego, **Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición**. Buenos Aires, Ampersand, 2019, 242 pp.

Determinar la existencia de un campo académico, como es el caso de los estudios sobre el libro y la edición, no es tan difícil: basta identificar un número significativo de investigadores dedicados a un área temática en particular una serie de grupos y programas de estudio aunados bajo un mismo tema general pero con intereses y perspectivas distintas, la renovación periódica de la discusión en torno a las aproximaciones, los límites y la naturaleza misma del objeto de estudio, la realización de encuentros académicos regulares especializados, alguna forma de publicación, cursos de grado o posgrado, y, podríamos añadir, conexiones internacionales. Más arduo, sin embargo, es reconocer el momento en que un área deviene un campo. Si tuviéramos que hacer ese ejercicio en el caso de los estudios del libro y la edición en Argentina, seguramente nos topáramos con dos acontecimientos clave: la publicación en 2006 de la obra colectiva **Editores y políticas editoriales en Argentina** (FCE), y la realización del Primer

Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición (CAELE) que tuvo lugar en La Plata en 2012. Y descubriríamos de inmediato que tras ambos se encuentra el nombre de José Luis de Diego. Aquel libro lo lleva como director y es resultado de su equipo de investigación en la Universidad Nacional de La Plata, y el Coloquio lo tuvo como su principal promotor y coordinador.

El interés por la historia y sociología del libro y la edición en Argentina no empieza con de Diego. Antes se encuentran los trabajos de Domingo Buonocuore, Jorge B. Rivera, Adolfo Prieto, Leandro de Sagastizábal y Beatriz Sarlo, por mencionar sólo los más conocidos. Y de forma paralela, los textos de Horacio Tarcus, Patricia Wilson y Gustavo Sorá. Pero es con la publicación de **Editores y políticas editoriales en Argentina** que se sientan las bases para un programa general de trabajo. A partir de su aparición se multiplicaron las investigaciones monográficas y se ampliaron las discusiones teóricas y metodológicas. Por su parte, el Coloquio funcionó, y continúa funcionando (en 2018 alcanzó su tercera edición con 110 ponencias y un crecimiento notable de participantes extranjeros), como organizador de la conversación y como un estímulo importante para la ampliación de la agenda académica.

Desde este punto de vista, el último libro de José Luis de Diego puede ser leído como parte de su trabajo de reflexión sobre el desarrollo de este campo de estudios, de sus problemas y límites, así como de su voluntad constante de empujar el horizonte de investigación un poco más allá. En ese sentido, **Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición**, publicado en 2019 por Ampersand, reúne seis textos que funcionan como una ampliación de los once estudios que conforman **La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición**, su libro inmediatamente anterior también publicado por Ampersand en 2015. La hipótesis que organiza su nueva obra se encuentra en el título mismo: si los autores no escriben libros, entonces quiénes lo ha-

cen. En los ensayos y estudios que componen el volumen, de Diego despliega todas las armas de la sociología y la historia a su alcance para demostrar que el vínculo entre autor y obra no es directo ni mucho menos transparente. Que ese vínculo, blindado por el encantamiento reproducido y reforzado por escritores y teóricos, no sólo debe ser problematizado, sino que es susceptible de análisis empírico. En cada uno de sus capítulos de Diego nos ofrece un ángulo distinto y complementario para descubrir y abordar el sistema de estructuras, actores y procesos que media entre autor y obra, y que permite (o impide) que un texto se convierta en ese objeto discreto que llamamos libro.

Los autores no escriben libros combina entradas de orden teórico-metodológico, estudios eruditos sobre capítulos particulares de la historia editorial y literaria argentina y del ámbito de lengua castellana, y reflexiones sistemáticas acerca de las transformaciones contemporáneas del mercado editorial y los modos en que estos cambios afectan los modos de producción, circulación y consumo de libros.

El ensayo que abre el libro, “Editores, políticas editoriales y otros dilemas metodológicos”, propone una reflexión teórica en torno a cinco “alternativas dilemáticas” que, de manera más o menos explícita, atraviesan al conjunto de las investigaciones contemporáneas sobre el libro y la edición: editores/políticas editoriales, libro/edición/lectura, nacional/mundial, disciplinario/interdisciplinario, y cuantitativo/cualitativo. En pocas páginas, el texto recorre y sintetiza parte de los aportes más significativos de autores clave como Roger Chartier, Robert Darnton, Pascale Casanova, Franco Moretti, Martyn Lyons y Gisèle Sapiro. Y al hacerlo ofrece un balance y una guía para emprender nuevas investigaciones. Sin embargo, de Diego no pretende entregar al lector una teoría unificada y aplicable a cualquier caso. De hecho, subraya que la posibilidad de resolver las tensiones entre claves analíticas a priori opuestas no reside en su convergen-